

Historias Acuarianas Para Niños

Lo que las flores blancas y rosadas le dijeron a Elva Por Helen Boyd

A Elva le encantaba sentarse bajo el manzano y mirar hacia arriba, a los bonitos pétalos de color rosa pálido. Eso la hacía pensar en cosas hermosas que nunca pensaba en ningún otro lugar.

—No entiendo cómo alguien podría no quererte, cosita bonita —dijo una tarde, abrazando el árbol con sus brazos.

—Nos alegra mucho que te gustemos, pequeña Elva, porque la mayoría de las niñas nunca parecen mirarnos —escuchó que alguien decía.

Levantó la vista para ver de dónde venía la voz, y se sorprendió muchísimo al ver un espíritu de la naturaleza asomándose desde cada flor rosada y blanca.

—¡Pero... pero... son hadas! —gritó Elva—. Nunca supe que vivían ahí arriba.

—Vivimos donde todo es hermoso —respondió el espíritu de la naturaleza que había hablado antes.

—Eso debe ser bonito —suspiró Elva—. Ojalá yo fuera un hada.

—¿No es gracioso? —respondió el espíritu—. Justo estaba deseando ser una niña pequeña.

—¡Ah! ¿Te gustaría intercambiar lugares conmigo? —exclamó Elva con entusiasmo.

—Tendremos que preguntarle a la princesa de las hadas —respondió el espíritu—. ¡Oh, aquí viene ella ahora! —exclamó mientras un hada con ropas brillantes se deslizaba por el camino.

—Princesa de las hadas —dijo Elva tímidamente—. Deseo ser un hada, y hay un hada allá arriba que desea ser una niña pequeña. ¿Podría cambiarnos, por favor?

—¿Estás completamente segura de que te gustaría ser un hada? —preguntó la princesa de las hadas, mirando a Elva con atención.

—¡Oh, me encantaría! —gritó la niña, con una mirada de alegría en su rostro.

La princesa de las hadas pareció muy satisfecha, y en unos minutos Elva se encontró arriba, entre las flores rosadas y blancas, convertida en un hada de verdad, de verdad. A su alrededor había otras pequeñas hadas, o espíritus de la naturaleza.

Después de que Elva llevaba un rato en el manzano, sintió sueño. Se acurrucó entre las flores y estaba a punto de quedarse dormida cuando el hada que estaba a su lado le susurró:

—No debes dormirte. Esta es la hora en que hacemos nuestro trabajo.

En unos momentos, cuando todas las estrellas habían salido y la luna derramaba sus rayos plateados sobre la tierra, todos los espíritus de la naturaleza salieron de las flores y corrieron de un lado a otro con tanta rapidez que a Elva se le quitaba el aliento de verlos. Notó que dondequiera que iban, añadían un toque nuevo de belleza al lugar.

—¿Qué debo hacer, princesa de las hadas? —preguntó—. Todos parecen estar haciendo algo, menos yo.

—Podrías ir a la casita de la señora mayor que está al final del camino y ordenar el lugar para ella —dijo la princesa de las hadas con una sonrisa.

—Pero, princesa —protestó Elva—, yo quiero hacer algo hermoso. ¿Limpiar una casita? Cualquiera puede hacer eso.

—Mira, Elva —dijo la princesa de las hadas con seriedad—, si vas a ser un hada, debes estar preparada para hacer cualquier cosa, siempre que sea ayudar a alguien. ¿Acaso en el mundo de donde vienes no hacen cosas así para ayudarse unos a otros?

—No exactamente así —respondió Elva lentamente—. El sábado pasado, por ejemplo, le llevé un ramo de lilas a la vieja señora Brown, que tiene reumatismo. Podría haberle lavado los platos, pero no lo hice porque...

—Ah, ya entiendo —dijo la princesa de las hadas—. Pensaste que habías cumplido con tu deber cuando llevaste las flores.

—Sí —respondió Elva—. Así fue exactamente como me sentí.

—Bueno, estoy bastante segura de que la señora Brown se habría sentido mucho más agradecida contigo si le hubieras ordenado su casa —dijo la princesa—. Recuerda, Elva: las pequeñas acciones como esa son mucho más hermosas que hacer cosas que no requieren ningún sacrificio.

—Nunca lo había pensado de esa manera —dijo Elva reflexivamente—. Y estoy muy contenta, princesa, de que me hayas mostrado cómo puedo ayudar a las personas de la manera correcta.

—Se está haciendo muy tarde, Elva —dijo la princesa de las hadas—. ¡Rápido! Debemos escondernos.

Entonces sopló suavemente un cuerno de plata, e inmediatamente todos los espíritus de la naturaleza volvieron a meterse dentro de las flores rosadas y blancas. Se veían tan graciosos que Elva se quedó mirando y riendo hasta que las lágrimas le corrieron por las mejillas.

—¡Rápido, rápido! —le dijo la princesa de las hadas a Elva—, o te atraparán.

Pero la advertencia llegó demasiado tarde, porque hacia ella venía una mujer muy, muy vieja, apoyada en un bastón.

—¿Quién eres tú? —preguntó Elva con miedo.

—Claro que me conoces muy bien —dijo la vieja mujer con voz temblorosa—. Soy la vieja señora Brown, la de calle abajo, la que a veces le llevas flores. Muchas veces he deseado que ordenaras un poco mi casa.

—Nunca lo supe, señora Brown. De verdad que no —dijo Elva con sinceridad—. No fue hasta que la princesa de las hadas me lo dijo. Y vendré lo primero mañana en la mañana a ayudarla. Ya verá si no.

—Tienes un corazón amable, eso sí que lo tienes —murmuró la vieja señora Brown mientras se alejaba cojeando con su bastón.

Justo entonces, Elva sintió algo suave en su rostro. Despertó y se encontró acostada al pie del manzano, cubierta de flores rosadas y blancas.

—¡Ah! Debo haber estado soñando —dijo Elva, mirando hacia arriba, al árbol.

Pero las flores solo se rieron y movieron sus bonitas cabezas.